

Aquí, ahora, por fin. Con los pies en el suelo y el corazón en el cielo, después de haber buscado en lo más profundo de mi alma, entregándome con mi Fe en este Credo, vengo a pregonar tu palabra, que no sirve de nada, si no me encomiendo. “Señor, Ábreme los labios y mi boca proclamará Tu alabanza”

Vengo aquí invocando tu presencia con mi garganta, sabiendo que Tus tiempos son perfectos, que en los nuestros mandas, y que el tiempo es la ofrenda que da la vida para descubrir el regalo de cada mañana.

El tiempo no se pierde, se gana, nunca se llega tarde, se llega cuando más se necesita, cuando Tú reclamas.

Estos años no han sido en balde, se han llenado de fuerzas, de ilusiones, silencios, se han llenado de enseñanzas, de oraciones, de la madurez que hacía falta, se han llenado de experiencias, se han llenado de Esperanza.

Por eso, vengo predispuesto, sereno, sabiendo que cuando mi voz se escuchara, serías Tú el primero, que anduvieras por esta sala, porque cuando “dos o tres estén reunidos en tu Nombre, Tú estarás entre ellos” como el Maestro que acompaña.

Vengo guiado por tu Espíritu que en lo más alto de la espadaña, indicó el mejor camino, con la veleta que al viento no engaña.

Dirigió mis pasos cual peregrino, y sabiendo que me aguardabas busqué encontrarme Contigo en este atril y mis palabras.

Partí de donde vivo, de la calle del Convento de Santa Clara, me encontré con la primera veleta, indicando el primer destino, en el campanario de mi Parroquia, San Lorenzo, de mi plaza, lugar de encuentro entre los vecinos.

Esta misma veleta me conducía a la del Templo contiguo, tabernáculo de mis oraciones, de tantos momentos vividos, donde reside el Dueño de mis palabras, y la Luz que me inspira, entre Traspasos del alma.

Seguí transitando las calles, sigiloso, pasé por una Campana repletas de sillas ya preparadas para la Carrera Oficial, decidí coger mi Rosario, quise aprovechar este momento, me refugié entre misterios y letanías, buscando el siguiente encuentro.

Caminando por la Plaza Nueva y rezando un décimo Ave María, décima Rosa entregada al cielo, la brisa me condujo para postrarme en el mismo suelo, contemplé al mismo Cristo, en una Custodia rodeado de silencio. Fue en esa capilla, apartada del mundo con recelo, donde descubrí al verdadero protagonista de mi prosa y de mi verso. De nuevo, Volví a sentir el aire fresco, el que iba anunciando que abril se acercaba, que el invierno iba quedando más lejos, aire de esta bendita primavera, que va regalando flores a este tiempo. Caminaba aún más receloso, y escuché el tañer de Sus campanas, y supe que sería el próximo destino, la próxima parada, llegué a sus pies, impresionado por la estampa.

El momento fue sin igual, el sonido de sus campanas, parecía ser música del mismo cielo, o el eco del Vigía apostado en la más alta Espadaña, que cantaba y musitaba la gloria más Cristiana, Victoria por la Fe de un pueblo, Orgullo de la Santa y Metropolitana, coronado por ser fuerza, baluarte, sustento de la grey sevillana y guía del mismo viento.

Golpeó con fuerza su bandera, y con un parecer profético, conociendo ya mi meta, indicó aún más mis pasos, para no dar por terminado este increíble encuentro. Despedí ilusionado a este Giraldirlo. Pasé por el Triunfo de María, y contando en la muralla las almenas, entré en Miguel Mañara comenzando así el final de esta Odisea.

Anduve por Contratación, y al final de San Gregorio, me encontré con la primitiva escuela donde Maese Rodrigo soñó por primera vez, que el saber debe ser bandera, y principio de nuestra Fe. Más de cinco siglos, cinco veces cien, para poder entender, que la ciencia y la Fe, pueden darse la mano.

La recta final de esta andadura comenzaba a florecer, y allí me encontré, en la calle del Rey Santo, San Fernando, me di cuenta que allí se encontraba la meta, anduve entusiasmado, contemplando las hermosas rejas, y cruzándolas, llegué a la lonja universitaria, encontré entre las azucenas, a una Fama impaciente, que ya esperaba mi llegada, y con una presencia imponente, abriendo bien sus alas, como veleta inmóvil con su trompeta me indicaba, el final de mi travesía, de lo que buscaba.

Cuentan, que la Fama, utiliza su trompeta para proclamar la verdad y la mentira, pero yo estaba seguro, que la verdad allí estaba. Seguí estos últimos pasos, y alumbrando la entrada, dos faroles encendidos, aguardaban mi llegada. Y fue el momento. Crucé la puerta. Y allí estaba, Mi Maestro, que me esperaba. Esperaba mi llegada sumido en su paciencia, elevado en su cátedra más sagrada, sí, me esperaba con los brazos extendidos, queriendo abrazarse conmigo, conociendo las razones que me habían llevado a comenzar este camino.

.En Él sentí mi alma reconfortada, pues buscaba su rostro, su cuerpo, buscaba sus llagas, buscaba su palabra que va en silencio, y que me hablaba de la forma más clara, y todo eso encontré, no miento. Comprendí que era Su Voz la que estuvo guiando el viento, comprendí que fue Él quien me dio aliento para seguir contando mis pasos sin mirar atrás sin miedo, sin dudas ni arrepentimientos.

Y no creí en el destino, ni el azar, ni en el juego, no creí en la suerte tampoco en las coincidencias para justificar ese momento que ahora hago presente.

Yo creí en Su Misterio, creí en la Buena Muerte, y sin antes ver Su Cuerpo, ya soñaba con someterme, al Amor más verdadero al que mejor se entiende, de amar hasta el extremo y dar la vida si así fuere.

Y viendo Su Buena Muerte, que de algo sirvió escogerme, no quiso que se quedará allí, entre esas cuatro paredes, la historia que hoy les cuento, y con la que no paro de sorprenderme.

Me mandó a ser anuncio, de lo que ahora nos acontece, a llamar a la puerta de vuestros corazones, a la de vuestras casas, y que bien la pena merece, derrochar el tiempo proclamando Su palabra, y en este digno Paraninfo, Aula Magna Universitaria, vengo con mis fuerzas a pregonar esta digna enseñanza, del más Magnífico Rector que imparte Amor a nuestras almas.

Vengo pues con estas palabras, con la alegría de estar hoy aquí no para anunciar, sino para recordar lo que está por venir.

Lo que volverá de nuevo al cauce del que no debió salir, al recuerdo de los siglos en los que esta Sevilla nuestra, siendo testigo, ha hecho con nosotros este patrimonio vivo de Fe que es la Semana Santa, donde la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor se vive con la Esperanza intensa que marca el ritmo de nuestras vidas.

Volvamos a la memoria de los sentidos, a la ilusión de revivir lo que es nuestro y se nos quitó para devolverlo nosotros mismos.

Las creencias que así se convierten en la respuesta, la bendita respuesta de reconocernos Cristianos, valedores de una Verdad, que a pesar de ser ciega, invisible y para algunos quizás débil, aún tiene más valor.

La verdad del Dios al que adoramos en un pan blanco, y también reconocemos en nuestras calles y templos, haciendo la unión pulcra y perfecta, de vivir con sentido una vida, una Fe, una Iglesia, un solo Dios.

Comencemos el camino de la verdad. Demos un paso al frente.

Vengo a ti Sevilla sabiendo que eres evangelio vivo. Eres la hija de Jairo, que parece para todos que ha muerto y que solo Jesús sabe que duerme, que respira, que no muere, que sueña, y que alzando la voz dice TALHITA KUMI “niña, a ti te lo digo, levántate”

Eres la hija de Jairo que toman por enferma, pasada por el dolor y las garras del sufrimiento de soledades y pandemias, eres la hija de Jairo a la que algunos ya toman por pérdida, cuando en verdad siempre vuelves a cantar victoria.

Despierta Sevilla, despierta del sueño obligado al que te han seducido los reveses del mundo, despierta para ser más fuerte y volver con la luz de tu pasado iluminando tu futuro y tu presente.

Vengo a ti con la palabra Esperanza musitando en mi corazón, con la Fe que venda mis ojos y confía ciegamente que solo duermes y sueñas con el Amor de Dios.

Vengo a ti como el agua que quiere sanar heridas, con la fuerza de la corriente del río que baña tus orillas, con el ímpetu estudiante que busca la verdad, una verdad de la vida sin límites ni ataduras y que niega ponerle al amor medida.

Vengo buscando tu calma y tu locura, tu certeza y tus dudas, vengo entre verdades y leyendas sabiendo que palpas tu hermosura en cada rincón de esta tierra.

Y quién dice que estás muerta, y quien dice que tienes miedo y que al miedo no te enfrentas. Tú eres Jesús en la tormenta dudando de la Fe de quienes con él se encuentran, por qué tener miedo, si la Fe es tu compañera. Compañera como tú, que empiezas a florecer en esta primavera, quién dice que estás muerta, si tus campanarios parecen las espigas de este fértil campo llamado Sevilla.

Vengo a ti después de este tiempo de dolor, para despertarte de tu sueño, porque tú no mueres, tú no has muerto, solo duermes y quiero despertarte con mi voz. Permíteme la osadía, permíteme acariciarte con mis palabras, decirte lo tanto que significas, lo que eres y lo que tanto creo que nos guardas.

Impaciente en que despiertes, vengo escribiendo renglones sin saber bien lo que he de ofrecerte. Solo quiero decirte que la espera ha merecido la pena, porque quien espera, vive, y quien vive siempre haya respuesta.

Un buen amigo dice que “después del fuego, siempre salen brotes nuevos”. De tus cenizas, del barbecho de estos años, vengo a ti, con la ilusión de un joven que ha madurado, que ha sido consciente de lo que es tenerte y quizás perderte pero que siempre ha soñado con darlo todo para volver a verte.

Tú eres la respuesta, yo solo pongo voz a lo que me dictas y revelas, tú pones el viento, yo el barco y las velas, tú pones el lugar y yo voy al encuentro y tú me encuentras.

Tú eres la respuesta Sevilla, tú y dos palabras, dos palabras que funden en un duelo de enseñanzas, lo que el tiempo y la forma reúnen en un solo sentido, en una sola alma, tú eres la respuesta, Tú eres Semana Santa.

Vengo a ti siendo el sol de tu mañana, que alumbrará un nuevo día, una nueva era con mi voz como diana, vengo cerrando esta noche larga, que ha robado tiempo de nuestras vidas, pero jamás nos robó la Esperanza.

Vengo con todos los que se fueron, con los que sufrieron en los hospitales, en sus casas, con los que ganaron y perdieron pero que presentaron batalla, con aquellos que no huyeron de las circunstancias llenas de horas amargas.

Vengo a ti con la fuerza, con el orgullo y el arrojo de tantos que luchan contra esta lacra. Vengo a ti con mi garganta, siendo fiel a nuestra cita para anunciar tu Semana Santa.

Vengo a ti porque no es que merezcas a pena, tú mereces la vida, y puesto porque vives y aún respiras, despierta de tu sueño, TALITHA KUMI Sevilla.

La memoria de nuestros sentidos, debe comenzar en la figura primigenia que le da sentido a la respuesta, somos pecadores, y como pecadores cumplimos penitencia.

Pero es aquí donde ser pecador, es orgullo seña y ejemplo no solo de humildad, sino de la tradición de la familia, de nuestra ciudad, el orgullo de vestir una túnica para reconocernos iguales entre nosotros y juntos afrontar el peso de nuestras cruces y cuidar el fuego de nuestros cirios.

El hábito no hace al monje, tampoco la túnica al nazareno, pero es el nazareno el que cumple con su túnica la promesa, el que consume el perdón. No sería nada Sevilla ni su Semana Santa sin el nazareno, la más clara señal de que ha empezado lo que esperamos. Porque cuando no haya todavía un paso en la calle, habrá ya nazarenos yendo a sus hermandades para formar parte del cortejo, cuando todos los pasos ya se hayan recogido, los veremos a ellos marcharse para llegar a casa por el camino más corto, más recto.

Ellos fueron, son y seguirán siendo aquellos que mantengan la religiosa costumbre haciendo honor como ya lo otros lo hicieron, a esos pies descalzos que piden perdón paso a paso, a esos ojos que miran a través del anonimato.

A aquellos cinturones de esparto, a los agujeros de sus hebillas que ajustan la efigie eternamente sobria del ruan, torres altas y negras que aparecen entre el bullicio de la calle y parecen defensa de nuestra ciudad. A aquellos padres que llevan a sus hijos vestidos de monaguillos, enseñándoles cuál es la dirección correcta en la vida y que solos no se llega a ningún sitio, es mejor ir acompañados. Honor a las filas de nazarenos no solo de una misma túnica, sino de una misma sangre, honor a aquellas madres que cuelgan las capas en los hombros de sus niños, y bordan sus escudos, como si fueran tesoro e insignia de su linaje, de la herencia del alma y el cuerpo, del sentimiento que se hace patrimonio en un pedazo del corazón.

Honor a aquellas manolequinas que son el broche de un nazareno de la calle feria, al terciopelo, a la túnica malgastada de tu abuelo, que ahora llora orgulloso al ver a su nieto vestirla.

Honor al cingulo dorado del Arenal y al raso morado de un nazareno de la calle Castilla, al merino de San Gil y el cinturón negro de uno que ronda la noche de un Sábado Santo por San Marcos, a la estrechez del esparto en San Gonzalo y la capa blanca de un nazareno del Porvenir.

Honor a las lágrimas de tu abuela, feliz por verte salir de la puerta de su casa y luego esperar tu llegada... qué sería de nuestra Semana Santa sin nuestras abuelas...

Honor a tus ojos nazareno que ven la vida pasar y reflejan en ellos a la Sevilla que guarda y espera ansiosa el florecer de su primavera y el renacer del dolor a la alegría, a su propio silencio y murmullo que se hace algarabía.

Honor a tus ojos que se cierran cuando sonríes y se abren cansados aguantando la mirada al frente.

A las gotas de la cera de tu cirio que empapan las bolas de ilusión y a la corriente meridiana que corta la calle por la cera de otros tantos al cuadril. Nazareno, honor a aquellos que te quieren, y antes de verte marchar, te piden por ellos, por ti nazareno, que llevas en tu cruz, las cruces de quienes quieres, de quienes no, de los que conoces de los que no conoces. Tú que te reconfortas en la noche con el calor de la llama de tu cirio, que acaricias tu rosario y entre misterio y misterio, pides por la paz en el mundo. Que la defensa de la vida no sean meras palabras sino hechos.

Nazareno de Sevilla, Honor a ti que pides por los que se alejan de Dios y por los que odian su Nombre, pide por aquellos que son perseguidos al no renunciar a quien sigues llevando la Cruz de los hombres.

Tú que eres guardián de tu propio silencio, de tu propia oración musitada en tu adentro, tú Nazareno que cumples con el sacro rito, con tu antiguo Credo, qué sería de Sevilla si no te tuviera, que sería de mí si no te tengo.

Tú penitente, hijo de Dios Vivo y testigo de su Buena Muerte, eco del tiempo, figura impoluta y fuerte, buscador de la verdad y la razón, protector de la Sevilla que quiero, a la que quieres, en la que creo y tú defiendes, que no llegara el momento de decir Semana Santa y vivirla sin tenerte.

Hoy, viene grabado en mi memoria de los sentidos, los primeros pasos del niño que fui, los primeros pasos de esta increíble historia, donde me convencí, que ser Nazareno de Sevilla, llega a ser la mayor honra de esta bella ciudad donde nací.

La honra de cuando los labios de este niño inocente decían “Semana Santa” y sólo en sus recuerdos cabe, en una habitación de su casa, cómo colgaba su mayor tesoro, su túnica de Nazareno blanca, con la Cruz de Santiago unida al pecho como mejor marca, que era testigo de la llegada, del Domingo de casi dos mil primaveras, anunciando Su Sagrada Entrada.

Yo fui Nazareno blanco, el que llevaba en sus pequeñas manos una rizada Palma, llamando a los sevillanos al comienzo de la Pascua.

Viene Jesús a lomos de una burra, cumpliendo lo que el Profeta anunciaba, a deshacernos de nuestras ataduras, a volver a la cordura, de seguir firmes su Palabra, y creer en la Escritura de esta Sagrada Entrada.

Sigamos sus pasos y su marcha, escuchemos su anuncio, que se alcen fuertes las riendas con sus campanas, es Jesús que nos habla, el que entra en nuestras casas, nosotros somos Sevilla, somos Jerusalén en Semana Santa.

Aún recuerdo a las mujeres de mi casa, cuando me revestían de Nazareno, aún recuerdo la sonrisa que siempre ponía mi cara, al ajustarme el esparto estrecho, medir bien el antifaz con el capirote, a colgarme la Medalla que hablaba de Amor en mi pecho, aún recuerdo, cómo ellas rezaban a la Virgen mientras cumplían el antiguo rito de vestir al Nazareno.

La memoria de aquel niño y la de todos nosotros que vuelve a hacerse realidad cuando amanece la mañana radiante que refleja en nuestros ojos la certeza del comienzo de esta semana grande.

Cuando las izadas palmas de nuestras manos parecen banderas que juegan con en el aire y anuncian de nuevo con su hermoso baile el Domingo de Ramos que se presenta de nuevo en nuestras calles.

Es ese día esperado con ansias, con esa verdadera emoción que nos hace la vida más dulce, de color, con la sana impaciencia cuando por llegar está lo mejor, es ese Domingo de Ramos cuando somos todos testigos, de que la bendita espera de 40 días y 40 noches se consumó.

Sí, volveremos, y se abrirán de par en par las puertas que dejarán de ser de lo terreno y entre los muros de San Sebastián comenzarán a ser de lo sagrado, cuando los primeros Nazarenos de la Pascua revestidos de ese blanco inmaculado, a la luz del sol se convierten en plata, en porvenir, en la brisa moldeando sus capas en el anuncio de imponer sobre esos benditos hombros el madero, y dar comienzo a la Semana Santa.

Es Domingo de Ramos en el Porvenir, la herencia de un padre y un hijo que compartieron trabajaderas y que juntos han soportado el peso agotando sus fuerzas. La memoria de unos nietos al abuelo que fue Hermano Mayor y ellos son su mejor herencia.

Por eso, en los Terceros, se hablará de Humildad y Paciencia, se hablará del Hombre que se entrega por nosotros rodeado de sus amigos en la mesa, conociendo los corazones de cada uno, sabiendo sus sueños, sus promesas, las traiciones del hombre y las palabras vacías de quien mucho dice y poco demuestra.

Él es el Hombre que comparte mesa con quienes le reniegan, con quienes le traicionan, a los que por sus miedos y flaquezas no entienden que llegan sus malas horas.

Él se entrega en Sangre y Cuerpo, por el Amor más verdadero, el que no distingue de ideas, ni de raza, ni sexos, ni creencias, y que sólo distingue por amar hasta el extremo. Tan grande es su Amor, que se hizo Eucaristía entre todos ellos.

Cuando sea Domingo de Ramos, Él no vivirá solo en un Sagrario.

Vivirá en el dulce olor del aire en su mañana, en la música que levanta el alma. Vivirá entre los mayores que gustan la miel de las torrijas que endulzan las almas viejas y del recuerdo. Vivirá en este tiempo.

Busquemos, salgamos y solo busquemos, que está esperando el Maestro, y debemos ir a su encuentro. Y si buscas Esperanza, debes pasar por sus Penas, para llenarte de la Gracia, que te envuelve en la esencia más bella y por la muerte en San Julián donde todo parece azul Hiniesta. Y si buscas un destino, endereza tu camino a cruzar dos orillas enfrentadas.

Desemboca en San Jacinto, donde los rayos de luz del sol vuelven a entretejerse y confundirse entre las ramas de los árboles que preceden, a la Capilla de quienes tienen una Estrella que guía los sueños de quienes le recen. Si te hablo de lo divino, si también de lo humano, ven conmigo, ven a contemplar a quien lo tuvo todo en sus manos, y sólo mirando al cielo, pensativo y orando, aceptó la voluntad de Su Padre.

Cuando cae la tarde, los nervios se apoderan. La tensión se manifiesta y este joven que os habla, se refugia para preparar la noche que le espera. Ya no hay túnica blanca colgada en una habitación de mi casa, hay una negra. El ruán que se me presenta como la madurez del hombre que con los años se da cuenta, que no todo es como crees, no todo es como sueñas, caes en la certeza, que al Hombre que anunciabas entrando en la ciudad eterna, cae prendido en una Cruz por quienes le odiaban.

Aun así, sé que tengo otro cometido, vestir a un Nazareno de la Amargura. Soy aquel Nazareno del Amor, que espera a revestir el blanco en alguien de su familia, con él rezo a la Virgen como desde niño me enseñaron, coloco sobre la mesa los retratos de mis abuelos, sus padres, con eso, hacemos presentes a quienes no están, y que nos transmitieron la Fe que con nuestro silencio y anonimato venimos a recordar.

Cuando llega la noche, soy aquel Nazareno de Sevilla que, sin pronunciar palabra, con la mirada al frente, vengo a proclamar Amor, el Amor de Su Cuerpo inerte. algunos me podrían decir, Amor de qué, si vengo también anunciando Su Muerte. Pero, ¿acaso el Amor muere?

No, el Amor de Cristo no desfallece,
Su Amor siempre me da Vida,
Su Amor siempre es paciente,
y muestra comprensión y sabiduría.

Su Amor siempre me enaltece,
porque no tiene celos, no aparenta ni se infla,
Su Amor siempre me protege,
no actúa con bajeza ni por interés me busca,
Su Amor siempre me convence,
porque olvida lo malo, no sucumbe a la ira.

Su Amor siempre me sostiene,
porque sufre la injusticia,
porque es la verdad más fuerte,
porque el hambre y la sed me quita.

Su Amor siempre quiere creerme,
como creo yo en la dicha,
de que todo en mí lo soporta, lo espera y lo entiende.

Soy Nazareno de Sevilla, soy un negro penitente,
y con la Cruz que me humilla,
Hago Amor con Su Muerte,
tengo Amor en la vida,
y soy Amor por tenerle.

Soy el nazareno del Amor, que sufre por su Amargura.

Recuerdo que estando en los primeros tramos de la cofradía, siempre anhelaba el encuentro, y aunque no viera su rostro, sabía que lloraba, todo por su Hijo, todo porque lo amaba. Encontraremos a aquel Señor del Silencio que será mayor su voz callada que tal desprecio de un rey que no sabía nada y, aun así, aun así le despreciaba.

Reconozco que tras mi antifaz negro soñaba con su cara, soñaba con sus manos, soñaba con los ángeles que la alumbran a los lados, soñaba con su estampa y hacía en mí el empeño de querer secar sus lágrimas, el empeño de con mi oración consolarla. Ella en esa noche tan amarga iba sola vagando los pasos de quien sufre y sigue al Amor sin reparos ni faltas.

La inquietud de tu inocencia callada,
Es un valle de lágrimas en tus mejillas,
Solo para Ti bella flor de la Palma,
Como agua sin vida del Bautista.

Qué error de nuestra raza humana,
Qué dolor que nadie te quita,
Quisiera sin poder curar tu alma,
Soñando alguna vez con tu sonrisa.

Pero qué Puedes esperar de mi palabra,
Si también soy culpable de tu desdicha,
No hay nada más amargo en esta tierra,
Que tener que contemplar tu mirada.

Qué cruel se te hace la espera,
Qué triste nudo en tu garganta,
A tu Hijo lo desprecian,
A ti te lo arrebatan.

Desfalleces con tu alma inquieta,
Hay dolor en tu plaza,
Lo dicen la luz de tus velas,
Y tu estampa al verte por la ventana,
Lo dicen los dinteles de la puerta,
Esperando volver a ver tu cara.

Lo dice Sor Ángela,
Dándote besos de santa,
Lo dicen las paredes de la Iglesia,
También lo dice la espadaña.

Quisiéramos quitarte la pena,
Pero tu pena, no se marcha,
Tú siempre llorarás, serás eterna,
Amargura en San Juan de la Palma.

Sevilla, siendo hija de Jairo se despierta de su sueño para despertarte a ti del tuyo. Para llamarte por tu nombre conociendo tus deseos y tus intenciones. Sevilla ahora solo te espera, te espera para volver a vivir contigo el momento que tanto anhelas y que descansa en la retina de tu recuerdo. Ella solo te espera, tú tienes que ir a su encuentro. Será en la misma esquina en la que veías a Cristo muerto en la penumbra de una apagada plaza de San Pedro.

Te espera en el sol dando de cara al Cautivo de Santa Genoveva, para ser lirio entre las Mercedes que es la devoción de tu abuela.

Volverás a vivir San Benito en el monumento a Sor Ángela, y Pilatos también presentará a Cristo a la Santa. Y los jardines de murillo volverán a ser luz Candelaria. Será la Virgen en su Rocío quien pida la redención de las almas.

Volverás a vivir como la calle Laraña, se hace más elegante y amplia, cuando todo parezca ser un Valle de lágrimas. Cuando quien dio la vida por todos lleva la Cruz a sus hombros y es coronado de espinas sobre espejos donde te miras.

Volverá así la memoria de los sentidos, y escucharás de nuevo en tus oídos las campanas del muñidor de la Mortaja.

Escucharás de nuevo la saeta de Manuel Cuevas por San Vicente un Lunes Santo de madrugada, cuando sus Dolores son fruto de la pena.

Será memoria de los sentidos quien te acompañe a descubrir de nuevo la Salud y Buen Viaje que rozando las puntas de la libertad con valor errante, hace que Cristo llore y padezca su semblante. Volverá de nuevo la memoria a alzarse entre las lágrimas de los Dolores del Cerro. Y en el cielo andaluz que en el Arenal es el consuelo de la piedad que abraza al hijo que ha muerto. Será memoria en el escapulario azul de los Negritos, será en San Andrés el prendimiento, mientras que una cruz se deja ver en el palio de la Virgen de Regla, y la Quinta Angustia suspenderá en el aire al mismo Jesús, que entre sudarios zarandea, el final de la tortura y la condena. Cuando empiece a caer la luz y la noche retome sus fuerzas, cuando en San Vicente se abran tres puertas, todo parecerá calle de la Amargura, Calvario y silencio en una Cruz más viva que muerta.

En la Parroquia, los altos nazarenos de las Penas comenzarán la vía dolorosa, recordando las caídas del mismo Jesús en esta tierra, será solo su caída, y el peso de la Cruz de carey y plata.

Será el peso del madero, y la palma de su mano recostada en el mismo suelo luchando contra el cansancio, la que indique que luego mirará al cielo entre silencios de Museo que, coronando la estampa, parece en la plaza el lienzo por el que se inspira su semejanza. Será Monte Calvario de agonía, de las pinceladas de sangre y dolor, que sobre su canastilla va pidiendo su final al buen Dios.

Será el sueño de sus Aguas, de sus ojos bellos, quien piensa en tus desvelos y que sosiega al manso. Que pensando en tus deseos hace de su quebranto el mejor modelo para ser santos. Son sus aguas el tul del cielo, también el buen mando, son el azul del terciopelo en su oscuro inmaculado y que en su diadema pusieron todo un orbe estrellado pues son sus Aguas el reino de todo aquello lo creado. Es la maya de su techo, es el oro brocado, que por broche y al acecho, da a la noche el hecho de dar vida con sus Aguas por la plaza del Museo.

Será silencio de antiguos nazarenos que buscan en la Cruz su redención, que buscan en la muerte la vida, y que la vida, llena de Paz y el Bien se encuentra entre sus filas. Son cipreses que al cielo apuntan, que divisan y contemplan, esperando con su penitencia al cielo que aguarda y navega entre cruces, velas y los caballeros 24 que preceden al buen Hijo que morir se deja. Es el lirio de sus manos al ir de vuelta, es el silencio intacto al que por horas se enfrentan.

“Yo soy de la Vera Cruz” sus corazones rezan, siguen el camino, la verdad y la vida, son consuelo en sus Tristezas.

Son ellos los que adoran a Dios Eucaristía al terminar su penitencia, son las manos de los ciegos que tocan su cuerpo de muerte y lo hacen vivo en esos momentos. Son las yemas de los dedos de quienes no ven, para sentir sus ojos entre abiertos, para sentir su corona de espinas y el tacto de las llagas de su cuerpo.

“Yo soy de la Vera Cruz” rezan al buen Maestro, que en silencio duerme, entregado mientras repiten su Credo.

“Yo soy de la Vera Cruz” parece que dice el cielo, parece que es cada gota del llanto, de las Tristezas que sufre el duelo.

“Yo soy de la Vera Cruz” responde el mismo viento, al pasar por nuestras calles en la tempestad de su silencio.

Busquemos de nuevo el sentido, busquemos de nuevo las llaves que abren las puertas de nuestra Fe, “Abrid de par en par las puertas a Cristo” decía el Papa Santo.

Abramos las puertas de la razón, entendamos las razones que quizás el corazón no entiende y empecemos aplicar a la vida el Amor. Sin miedos. Volvamos a plantearnos qué es la muerte, qué es la vida, de qué sirve lo que recordamos. De qué vale creer en un Dios de muertos si no creemos en un Dios de vivos que viene a salvarnos. Nuestra Fe no puede consumirse tan rápido ni quedarse en la mediocridad cuando confundimos la sensibilidad con el eterno abrazo que supone ser consciente de hay un Dios que nos crea, que nos salva y nos protege. Esto solo sería un teatro y mis palabras estarían vacías. Por eso, me permito decir que creo en el Dios sobre todo Dios. Y que, por obra del Espíritu Santo, hizo que en esta tierra siempre ganara la vida y la muerte nunca fuera el final. Pues debemos buscar a quien aún vive, a quien eternamente suspira, y expira la última bocanada de aire perenne en el Patrocinio de María. Que Cristo nunca muere, siempre trae la vida, y es el Amor más fuerte, el que no tiene medidas.

Es Cachorro en Triana, y en Sevilla cuando cruza el puente, y en el íntimo camarín de su Basílica, y en el cielo cuando atardece refleja las nubes en sus pupilas.

“El Cachorro nunca muere”, siempre expira buscando vida, y como buen compañero, expira contigo en tu muerte. Permittedme contaros una anécdota, aún recuerdo, cuando una monja de mi colegio, las Esclavas, que se llama Luz María, me contó la última historia de una de sus hermanas.

Esta, ya enferma y en su lecho de muerte, aceptando su hora, necesitada de paz y de temple, sentía que Dios la acompañaba, que el trance era difícil y que costaba, pero que en ese momento más que nunca, era cuando su Fe no dudada. Su oración más sentido cobraba y su Amor a quien toda una vida fue entregada, no vaciló, fue el mejor sentido de esta muerte santa.

Llegando el momento, le pidió a sus hermanas, “poned para que vean mis ojos esa estampa, poned el rostro del Cachorro, para expirar con él, y él ayudarme en mi marcha”. Y así fue. Y mirando en sus últimos instantes, la mirada que mejor indicaba el cielo, el mismo Cristo se hizo Cachorro, y tomando su alma en silencio, acabaron los dos haciéndose eternos.

En el vértigo de la muerte en silencio,
En el compás de los últimos suspiros,
Sin saber moribundo y con miedo,
Qué será lo que pase a la hora de morirnos.

Vengo a Ti eterna efigie con mi anhelo,
Esperando tu respuesta hacia los vivos,
Y en esta terrible incógnita con la que vengo,
Trato seguro de averiguarlo por mí mismo.

Estamos solos Tú y yo en este encuentro,
Sin resolver tantas cuestiones, existimos,
Y ya en mi lecho de muerte cuento,
Con que Tú me acompañes y sentirte conmigo.

Vengo a ti Cachorro, Cristo que no está muerto,
Para implorarte con mi yugo Tu auxilio,
Para que me des Tu mano y Tu sustento,
Para que me asegures que todo tiene sentido,
Cuando llegue ese momento.

Dame tus ojos Cachorro,
Prepara mi mirada al firmamento,
Dame tus manos clavadas,
Haz las mías libres para no tener miedo,
Dame tu cuerpo desnudo,
Dame tu voz que grita al mundo,
Y remueve mis cimientos.

Dame tu vida Cachorro,
Dame tu dolor y tu sufrimiento,
Y cuando el día de mi muerte se avecine,
Cuando todo esté listo y dispuesto,
expira cachorro cuando yo expire,
vayamos juntos al cielo,
y deseando que me mires,
los dos nos haremos eternos,
no se muere Cachorro, se Vive,
viviendo contigo en Tu reino.

Puestos en esta tesitura, debemos encontrar el sentido a nuestras creencias.

A la tradición que envuelve tanto nuestro hacer y nuestro ser, nunca habrá tradición cuando esta no tiene sentido, por eso debemos encontrarle sentido a lo que hacemos. En nuestra Semana Santa, hay una tradición que rompe los esquemas. En la Plaza de San Lorenzo, en los días previos a la Madrugada del Viernes Santo, miles de devotos, de fieles del Señor se presentan a Él, cumpliendo sus promesas para besar sus manos y venerarle. Cuántos ruegos, peticiones, cuantas miradas poco perdidas porque ven a quien los escucha y los entiende.

Colas interminables, anhelando el momento de ese encuentro frente a frente. Todos los días de besamanos son Viernes. Son íntimos y a la vez populares y llenos de gente, donde parece que el tiempo corre despacio. Para los hermanos del Gran Poder es uno de los momentos más importantes, pero donde más servidores debemos hacernos de los devotos y fieles, en eso consiste nuestra fidelidad.

No hay diferencia en quien lleve una medalla o no, salvo que quien la porte, aún con más razón, debe servir al que venga buscando al Señor, para ayudarlo a encontrar lo que busca. Las respuestas a las cuestiones de nuestras vidas, a encontrar el consuelo que solo viene de Él, o simplemente volver a darnos cuenta que Su Gran Poder nunca nos abandonará.

Somos afortunados, por vivirlo y ofrecerlo tan de cerca, yo lo vivo con mis amigos que son mis hermanos dentro de la Hermandad y fuera, lo que vivimos, nos hace caer siempre en saber que estamos para servir, para ser fieles a nuestra promesa. Cada uno ha venido a nuestra casa, de formas y sitios diferentes, los que vienen de fuera y la devoción los llevó a formar parte de ella. Los que vienen de sus padres, y aprenden de ellos cómo ha de cuidarse esta hermosa herencia. Los que venimos del mismo barrio y conocimos la devoción de nuestros mayores, y viviendo de Él tan cerca, no pudimos decir que no, porque cuando el Señor llama, siempre tiene que haber respuesta.

Es algo que agradecemos todos. Es saber que hemos coincidido en un mismo camino, y que ha sido el Señor el que ha hecho que nos conozcamos, que aprendamos unos de otros y también queriéndonos, aprendamos a amar la vida.

Estar en el mismo camino y compartir tantos momentos... aún recuerdo uno, como un Martes Santo por la noche, después de subir al Señor al paso y de unos momentos íntimos con Él, José Manuel, “selolo”, fue un momento a su casa, para darle un beso a su abuela y decirle, “abuela, gracias por hacerme hermano del Gran Poder” así se resume, así se entiende.

Es por tanto la tradición, el sentido que envuelve la sensibilidad del hombre con la presencia de Dios en ella. Debemos buscar los medios para vivirla, para ser coherentes con nuestros actos, por lo menos intentarlo,” siempre habla el cojo de la pata que cojea...”

Pero que nunca nos falten las ganas, y el propósito de enmienda cuando erramos, busquemos un sentido a nuestra vida, utilicemos instrumentos para ello, dejemos nuestras expectativas, alcancemos la mayor humildad de dejarnos hacer y moldear por el Dios que nos ama y que nos llama a cada uno, puesto que como decía el Padre Pedro Arrupe, “no me resigno a que cuando yo muera, el mundo siga como si no hubiera vivido”.

Cuando sea MARTES SANTO, en esta casa, no solo vendrá la tradición, no solo la memoria de los sentidos, vendrán las cuestiones con las que existimos. Volveremos a buscar las respuestas, las verdades que acompañan nuestras vidas, buscaremos el sentido a lo que vivimos, las razones que hacemos nuestras, buscando la vida en quien muere, creyendo en la vida eterna.

Sabiendo que esto no deja de ser una apuesta, una apuesta entre la vida y la muerte, entre la Fe y la condena, la condena de creer saber vivir sin Dios cuando Él es la respuesta correcta. Seguiremos el camino hacia la verdad, y esta verdad seguirá pasando por delante de nuestros ojos. Es posible que decidamos tomar el rumbo más fácil, pero al final este será el más peligroso porque quien no sabe a dónde va, llega a donde no debe.

Por eso sé, que cuando mi alma se pierde, no hay mejor luz, ni dirección que mejor me lleve, al camino correcto, a la verdad que preparada nos tienes. Vengo a ti que sé que me hablas, que te siento y Tú me sientes, vengo entonces con mis palabras a hablar de Tu Buenas Muerte.

Porque Señor, allí donde te creen clavado en la Cruz, muerto e inerte, veo siempre al Jesús Vivo, que me habla y me sostiene, más de cuatro siglos convirtiendo a los que no creen, perdonando a los que te odian, aliviando sufrimiento y penas, eres en fin y en tal manera tan perfecto, que eres unción del cielo y carne hecha madera.

Vengo a mostrarte como mejor guía en el manual de la Vida para el que busca, para el que aprende, para el que se forma para el que sueña hacer mejor y más justo este mundo que a veces duele.

Te pido hoy por Tu casa, por la Universidad donde todos cabemos, donde a todos se nos respeta, te pido que libres nunca nos cansemos de buscar el mejor remedio donde todos ganan y nadie pierde, que las diferencias siempre son buenas, con ellas siempre se crece, te pido por todos aquellos que hacen de nuestra Hispalense, templo donde el saber, también signifique entenderse.

Tú que iluminas todas las cosas con tu luz, que iluminas la Fe y la razón, eres la ciencia perfecta del hombre, eres el gran reformador social y el redentor del mundo, eres defensor de los derechos de los hombres y salvador de ellos mismos, eres la geometría del Dios que ama a sus hijos.

Y con tus brazos abiertos, eres la conjunción perfecta que como “Y” siempre suma y ama a los universitarios.

Bienaventurados los que aquí están llamados a conocerte, seguirte y estudiarte en el lenguaje del Amor, de la tolerancia, del respeto, de la libertad más amplia, de una Fe sin ataduras, de las ganas de formarnos y hacernos cristianos del mañana allí donde nos toque trabajar por esta sociedad.

Eres el lenguaje más claro de cristianos del presente deseosos del saber, que aspiran al conocimiento y a la mejor formación sin abandonar sus creencias.

Acuérdate de la juventud mejor formada, la que ansía tu encuentro en el prójimo y quiere anunciar cuánto nos amas.

Porque los jóvenes estamos llamados no solo a seguir los pasos de quienes nos preceden, sino a ser la savia nueva que es el latido fuerte que da aliento y esperanza a nuestra Iglesia.

Estamos llamados a luchar por nuestra causa. A defender nuestros ideales. Los derechos de nuestros semejantes, a entregar nuestras fuerzas por el fin más importante, hacer de nuestra vida la mejor respuesta al Amor de Dios.

La Fe es para los valientes. Porque Él viene a hacer nuevas todas las cosas, viene a darnos la mano y hacernos buenos estudiantes, a qué esperamos, no perdamos más el tiempo, seamos decididos y llamémonos orgullosos Cristianos y ansiemos sin reparos hacer en la tierra Su Reino.

Y cuando sea Martes Santo, volveremos a encontrarnos en esta casa de todos los Universitarios, para impartir la mayor lección de la Historia del Hombre en el mejor escenario, mejor aula donde poder recordarnos, que su Buena Muerte sirvió de algo.

Y querré de nuevo hablarte mientras te contemplo, y recordaré a quienes te han sido fieles, como Ricardo Mena-Bernal que testigo de tu Buena Muerte, se marchó contigo un Martes Santo esperándote para que pasaras por su casa.

Recordaré la fidelidad de dos hermanos, que siendo costaleros de tu Buena Muerte, enterraron a su padre un mismo Martes Santo, y sabiendo donde se encontraba su lugar, sin demora con el dolor y el luto por dentro llegaron de nuevo hasta Ti, para ser tus costaleros en sitios respetados.

Recordaré por su hija a Magdalena, que, hasta el último momento, siguió enseñando a su familia, a todos los que la quisieron, como es irse de este mundo, confiando plenamente en vuestro encuentro. Recordaré a Esperanza, a Matilde que es el ejemplo más cercano de amar hasta el extremo.

Recordaremos todos a David, que durmió al tiempo de descubrir tus ojos que son la luz que siempre le había esperado.

A Don Juan del Río, que se hizo cura entre los estudiantes para ser consciente de que eres el Amor en el madero que le hacía sentir que es así como lo esperabas en el cielo, con los brazos abiertos deseosos de darle el abrazo de la vida eterna a quien pastoreó por tu nombre y fue justo y bueno entre tantos mujeres y hombres.

Y a José Ignacio Jiménez Esquivias, que hoy ya estará contemplando el Gran Poder de tu Buena Muerte, mirando tus ojos con sus ojos claros, hablándote de que fue uno de los primeros hermanos en llevarte.

Y sí Señor, tú eres el centro, eres el responsable de este increíble misterio, de la fidelidad a la Buena Muerte, como mejor camino al cielo. Y buscaremos ser consuelo de tu Madre, que es Angustia en sus desvelos, al verte clavado en la Cruz sobre un monte de lirios e iluminado por el cielo abierto.

Formaremos siempre largos tramos en tu Universidad, y siempre te llevaremos por estas paredes, y que se nos pegue la lengua al paladar si nos olvidamos de ti, Cristo de la Buena Muerte.

Cuando pienso, no alcanzo a palabras,
cuando rezo, no entiendo mi suerte,
Tú, yacente y maltratado me hablas,
yo, ingenuo, sigo pensando en tu muerte.

Sigo observando tu rostro,
y cuán serena es Tu cara,
me inunda de Angustia verte Solo,
y parece que Tú, tranquilo, me llamas.

Veo en Ti el sacrificio de la vida,
del pan que se convierte en Carne,
de Carne que es entregada,
del vino que se convierte en Sangre.
Sangre por nosotros derramada.

Ante Ti yo imploro, con esta profunda plegaria,
que seas más que una simple muerte,
siembra en ella mi Esperanza,
hazme el más dichoso al tenerte.

Confío en tu Buena Muerte,
y en la mía si me abrazas,
cuando llegue la hora de verte,
y estés esperando mi marcha.

Aclamo tu Buena Muerte,
la que los hombres buscaran,
para poder Señor poseerte,
y ser preso en tu mirada.

Tu Cruz es mi sustento,
Tu Muerte, vida Santa,
que es paz de alma y cuerpo,
si acepto tu enseñanza...

Tú que nos muestras la Vida,
que sólo Tu amor nos baste,
y siendo la exacta medida,
en tu cuerpo y tu semblante,
concédenos la dicha,
que al mirarte y contemplarte,
siempre nuestros labios repitan,
tu Buena Muerte, Estudiante.

Pasarán los días, y la semana se hará rápida como tantas que hemos vivido, pero con los deseos de exprimirla. Nuestros corazones quedarán reconfortados esperando el siguiente encuentro.

Pero yo, deseo entrar en la noche. Deseo entrar en la noche con más luz de la primavera, y la más oscura que a veces logra apagar incluso a la luna llena.

Después de Jesús lavar los pies de sus discípulos, después de instaurar el mejor regalo que hizo Dios al mundo, hacerse cuerpo y sangre en el pan y el vino frutos de la vida y del trabajo del hombre.

Después de ser traicionado y negado hasta tres veces por quien antes lo defendió. Después de su noche en el Getsemaní y de sus lágrimas, porque Dios también llora...

Después de todo, la soledad se apoderará en el silencio de la muerte, y quien hablaba al mundo, callará crucificado en la Cruz, y sus labios estarán secos, será Jesús Calvario, será coronado en el centro de su paso y por cuatro hachones custodiado, la llama prendida de estos cuatro serán la plegaria, la vela y el rezo que anuncian su descanso.

Será leyenda del tiempo. Cuando parezca que el ocaso es volver a las raíces y que el mismo Jesús es capitán del barco, su Cruz la vela que recoge el fuerte viento, y su paso es el velero que va lleno de buenas intenciones y sueños.

Y Él conoce cada uno de nuestros cabellos, y es con su fuerza el más bravo, en sus pies flores de duelo, y el pesado madero en sus manos, es la Salud del enfermo.

Es el buen Padre de los Gitanos, que derriba muros y fronteras, que es semilla, fruto y certeza, que como Dios ama, no hay quien ame en esta tierra.

Será noche en el puente, y por eso los guardabrisas alumbrarán con esmero para que no haya más caídas de las tres que fueron, será el paso vacilante. Será en Triana el comienzo y cruzando el río entre las verdades, juega la noche con el tiempo, al contemplar la Esperanza en su belleza y requiebro.

Y habrá palabras de fervorín entre antiguos nazarenos, que cumpliendo el rito y el Credo, abracen sus cruces en semejanza, en recuerdo del buen Maestro.

Será el cirio, y la espada, y la bandera del juramento, será la cera morada, serán las llaves del monumento sobre aquel que es primero y el último de todos ellos.

Serán sus ojos al frente, será el ruan negro, y cinco cruces, cinco llagas que van unidas al pecho. Será el dogma su defensa, será la Concepción el derecho, de hacerse llamar Nazarenos y custodios del Silencio.

Esa noche, será la primera de tantas que le aguardan a una niña de San Lorenzo, María.

Esta niña aprende ya de sus padres y de sus abuelos a dónde pertenece, a quién tiene como buen compañero, es aquel al que, de la mano de sus mayores, visita cuando juega en la plaza y mira cada viernes cuando entra a algo que le dicen que es el Miserere.

Verdaderamente, esta niña está bendecida, Su abuela le habla de quien todo lo puede y le cuenta que un buen hermano del Gran Poder es el que antes se siente del Traspaso. Su abuelo, le transmite la Esperanza que mejor entiende, que mejor encuentra en el Camarín de un templo, vecino de San Gil.

Esa noche verá por primera vez, ya junto a su hermano Carlos, como su madre ayudará a vestir a su padre de Nazareno, y él ya estará soñando con algún día, ayudar a vestir a su hija, cuando cumpla los ciclos del tiempo.

Verá por primera vez, como los armaos llegan a la Basílica, y algún día los verá desde dentro, como yo, que es ahí cuando en mi mente pienso que vuelven a ser niños de la calle Feria, del mercado, del barrio de la Macarena cuando más de uno llora desconsoladamente como cuando llorarían a sus madres y abuelas.

Ellos rompen su figura imponente y altanera, para hacerse simples y humildes ante su presencia. Tienen en sus manos estampas, fotos de quienes quieren de quienes tienen y ya no tienen cerca, vienen con el mar de plumas blancas, con los tambores y cornetas, con las lanzas, escudos y espadas, para custodiar después su sentencia. Lo que aún no sabe María, es que en respuesta, cinco Nazarenos del Gran Poder, con acuerdo a la Concordia, se presentan ante las plantas de la Señora y su Hijo de la Sentencia, para pedir la venia a los hermanos de la Macarena.

Siempre soñaré con ese momento, siempre me gusta escuchar a quién ha estado en ese encuentro, y rondan en mi ser las preguntas que quizás hallen respuesta si yo fuera uno de ellos.

¿Y tú, no has soñado, que bajo tu antifaz negro, con el escudo de tu hermandad en el pecho, vistiendo con cinturón de esparto, y en el más estricto silencio, querer haberla besado?

Nazareno del Gran Poder, ¿no has sentido que al mirarle a los ojos, tu Dios que ves llevando el madero, también es abandonado, maniatado con cuerdas por los romanos? ¿no has rogado a Poncio Pilatos, que no se lave las manos?

Nazareno del Gran Poder, tú que la has mirado ¿no has sentido, no has pensado que al mirar esos ojos de ternura, de bendito lucero, de la flor más pura que hay en el jardín del cielo, no has querido, no has soñado, que ante su imagen de blancura y tez morena como el verbo, y lágrimas que inundan tus celos, tu también has dicho, yo también soy Macareno?

¿No has hecho en ti la promesa de hacerte en sus manos la ofrenda y el deseo, de someterte a su nombre y hacer de tu vida la respuesta y llegar al buen entendimiento?

Cuéntame nazareno, cuéntame cómo es la duda de por un solo momento abandonar tu propia túnica y hacer del ruan negro la capa, el cingulo y un antifaz de terciopelo, para estar cerca suya, y toda la noche mirar sus ojos sabiendo que sus ojos son el mismo cielo.

Con el permiso del cielo, abrumado,
Vengo a ti con mi propia venia,
Que aun atrevida y sin reglas,
Quiere dar por consumado,
Lo que en ti mi alma encuentra,
Al buscar por tus perfiles,
Y a la sombra de tu costado,
Tu sonrisa y tu pena.

Vengo a ti después de haber soñado,
Que tus ojos son la vidriera,
Por el que el mismo Dios se atreviera,
A ser la luz con la que nos ha salvado.

Vengo al fin atrevido y con fuerzas,
Puesto que los tímidos y los acobardados,
No se atreven a mirar tu sien perfecta.

Vengo porque quiero y me has llamado,
Y poniéndome en tu presencia,
Eres la exacta esencia,
Por la que me siento tan amado.

Eres el rosario de cuentas,
Por el que Sevilla ha ganado,
Ser reino donde tú reinas.

Y deseando tu dulce abrazo,
Con mi voz que a ti se entrega,
Quiero ser la bandera,
De tu vara y tu cayado,
Para proclamar a quien te viera,
Que eres la primera de todo lo creado.

Que eres sin mancha y perfecta.
Eres el tabernáculo y el sagrario,
Del Dios que en ti naciera,
Eres la quinta azucena,
Que en la Giralda soñaron,
Para coronar su grandeza.

Eres invierno que se ha marchado,
Y también eterna primavera.
Eres el aroma perfumado,
No solo del humo de tus velas,
Tampoco del incienso que navega,
Tu olor es el sigilo acompañado,
Tu olor es baluceo que impregna,
Allá por donde has pasado,
palabras de quien te reza.

Eres mi duda y certeza,
Eres clara, eres certera,
Eres consuelo de mi llanto,
Cuando sufro mis propias guerras,
eres el consuelo de tantos,
que han sufrido sus flaquezas.

Eres la buena Esperanza,
la Esperanza que se muestra,
en todos aquellos que crean,
que eres su fiel compañera.

Eres el tesoro que quisiera,
y al quedarte en esta tierra,
eres la Virgen de la Esperanza,
que, entre Rosario y Sentencia,
me recibe con la venia,
y dándome su respuesta,
bajará del cielo a Sevilla,
para hacerse Macarena.

En la mañana, una joven Hermana de la Cruz, esperará de nuevo con su Comunidad a ver el rostro de quien desde niña aprendió a reconocer como la Madre de Dios.

Esa noche, volverá bajo su hábito a sentir su corazón inquieto esperando el rostro de quien sabe, es posible que no vuelva a verlo. Ella, de estirpe macarena, quizás cuando la vea recuerde a toda su familia y dará gracias por tenerla.

Quizás cogerá con sus manos su Crucifijo y con fuerza, delante de la Esperanza, renovará sus votos, jurará de nuevo su entrega, se hará toda una en Ella.

La mirará a los ojos y sus labios dirán la plegaria, sentirán la certeza, que vale la vida dar la vida si cuando ésta acabe, las dos para siempre, en la eternidad se encuentran.

Dios fija sus ojos en los humildes de corazón, en los que confían en Él y aguardan su llegada, esperan el encuentro y antes de tanto pedir, saben dar primero las gracias. Ahora toca el momento, de recordando la noche, no hablar de la noche, hablar de tanto que ha pasado, hablar de cómo siendo Dios, Dios se ha hecho hombre y con la Cruz en sus manos hace rico al más pobre.

No quiero hablar de la noche, pues ya no habrá más noche después de tanto vivido y soñado, que no fue una imagen de madera, no fue el Gran Poder quien pisó la periferia. Fue el Hombre, fue el Dios que desde hace dos mil primaveras va hablando de amor y cura con su Cruz a la tierra.

Quien se quede en la estampa, y solo en esa imagen, aún no conoce su fuerza. Quien guarde solo recuerdos y en ningún solo momento se haya planteado el hecho de qué quiere Dios para su vida, aún no conocerá el fin correcto de lo que ocurrió durante esos días.

Quiero decir con palabras lo que solo el alma conoce, lo que tantos no somos capaces de explicar, de cómo Dios ungió esa imagen, e hizo de su figura el Dios de nuestros padres.

Quiero contaros que todo empezó en un antiguo Convento del Valle, pero también que nació del sueño más certero, del pensamiento de unos hombres que haciéndose buenos instrumentos, se dieron cuenta que la Misión es para todos, pero sobre todo, para los quien más lejos de Dios se halle.

Quiero deciros que guardo las miradas hacia Él con todo detalle, pero aún recuerdo a la mujer ciega, que sabiendo que no podría verlo, sabía que el mismo Dios en ese instante, sí la veía a ella.

Quisiera hablaros de su estancia en San Acacio, y de la historia, y de dónde su imagen ha estado durante cuatrocientos años, pero hoy me vale más deciros que llegó no a uno, sino a tres barrios.

Quiero hablaros que cuando llegó pareció ser Domingo de Ramos, y que una calle llamada Navío Argos, pareció la misma Puerta Santa por la que entró Jesús en Jerusalén al comienzo de la Pascua.

Que no hubo mejores palmas que los balcones y ventanas que tan bien adornados, hicieron de sus casas, el mejor hogar para quien tanto habían esperado.

Y quiero contaros que ahí se unieron dos Sevillas, la que venía y la le había aguardado, y viéndose las dos unidas, a pocas horas del ocaso, hicieron de un sueño la medida, la verdad de un traslado a la tierra prometida.

Me niego a hablaros de lo que vieron los ojos, me atrevo a contar lo que vio el corazón. De una madre con su niño, y al ver al Señor delante de ellos, dijo a su hijo, “pídele al Señor pan y trabajo”.

Del anciano que daba gracias por poder seguir viviendo y recibir al Señor en su barrio. Quiero contaros la historia de quien tantos viernes en la vida ha ido a San Lorenzo y encontró al mismo Gran Poder pasando por su casa para devolver con creces tanto amor y tantos rezos.

De los niños que entre sonrisas le decían piropos y con sus manos lanzaban besos. Fue la fuerza de amarlo, de los hombros que unidos llevaban las andas y dirigían sus pasos para regalar a nuestra memoria el peso orgulloso de portarlo.

Del hombre que pedía hablar solo con Él, y a voces rompiendo el silencio, pedía también actos y obras, porque a veces las palabras se las lleva el viento.

Y ya podrá haber todo un jardín en el templo, que las flores más hermosas que yo vi en su basamento, fueron las de aquellos niños pequeños, que en la calle Evangelista son el espejo donde mejor se refleja el cielo, que dejaron en sus pies heridos con sus flores, el mejor consuelo de la inocencia de unos niños.

Esos niños de las colonias que aprenden a querer a Dios lanzando besos, que ríen, que lloran y que ponemos sus vidas en las manos de quien dice que su mismo Reino está en cada uno de nuestros pequeños, estos niños que en Triana son luz, vida y un regalo lleno de sueños.

Proclamó su grandeza en Blanca Paloma. Se hizo luz en Candelaria, y haciéndose centro de plegarias, hizo que todos los carismas de la Fe se encontraran en esa Casa.

Fue Él quien hizo de esas calles la estampa, del buen Padre que devuelve el ciento por uno a quien lo espera y lo aguarda.

Y fue al llegar a Santa Teresa, y sin vivir en la vida y sin morir en la muerte, a toda Sevilla hizo testigo de la suerte de rozar en esta tierra la vida eterna que nos promete.

Quiero hablaros de la salvación de almas, del perdón de conciencias, de la conversión de los que ciegos curaron su ceguera.

Quiero hablaros del manantial de vida que dio agua a los desiertos, esos desiertos del hombre que da su batalla por perdida y busca a Dios sediento.

Quiero hablaros de tres semanas que fueron todo un Sacramento, pues el Gran Poder se hizo Cuerpo, se hizo misericordia entre todos ellos, se hizo bendición y esperanza y ser la Fe de todo un pueblo.

Fueron tres semanas de Tabor, de una quimera que une e hizo realidad nuestra Misión, de dar voz a los que sufren y denunciar su situación, de hacer posible lo imposible pues todo se puede con Dios.

Y haciéndonos vivo evangelio, siendo discípulos de su Amor, viendo que lo hecho era bueno, Él nos quiso ofrecer, hacer en la tierra el Reino, seguir sus pasos y saber, que fue Dios en su Gran Poder, quien hizo realidad este sueño.

A punto de arriar el misterio de las palabras, consciente de que el último golpe del martillo está esperando a mi llamada, quiero decir que la ignorancia no está preparada para la libertad, por eso en este Parainfo, no ha habido más que la búsqueda de la verdad, la verdad a la que vamos juntos cuando hemos puesto todo el corazón y el alma.

La verdad a la que llegaremos cuando humildes y conscientes busquemos las respuestas a las que la vida a buscar nos llama.

Seamos valientes, volvamos a la memoria de los sentidos, a la memoria paciente que ha esperado de nuevo a revivir los recuerdos del pasado, soñando con hacerlos presentes. Todo llegará, llegará la luz del Domingo de Ramos y nos daremos cuenta que nosotros también somos luz, como la luz de nuestros ojos que serán protagonistas y no simples testigos de la historia de un Hombre que cambió nuestros destinos.

Volverán las Cruces de guía a indicar el mejor camino, volverá de nuevo la alegría, volverá de nuevo a revivirse lo prometido.

Volveremos a amar la tradición, y a través de ella, despertaremos del sueño porque el despertar nos espera y Sevilla será la hija de Jairo con las palabras del buen Maestro que a la vida nos devuelva.

Salgamos hoy de esta sala reafirmando que igual que con cuatro letras se dice Dios, también con otras cuatro se dice Amor, y solo su Amor nos basta. Y que no hay mejor encuentro entre la Fe y la razón cuando queremos unir los senderos de todos aquellos que quieren hacer de este mundo un lugar más justo y mejor.

Que su Buena Muerte sirvió de algo, que la Angustia no se hizo eterna y quebró del todo el quebranto, el dulce Jesús de los brazos abiertos, resucitará, y su Palabra por fin se habrá consumado. No todo quedará en la Soledad con su corona en sus manos, llorando tímidamente sufriendo dolor tan amargo, resucitará, resucitará por nosotros porque el Amor vence siempre y sentir el cielo es sentirse amado.

Que no hay mayor Esperanza que la que nos espera en dos pupilas y son espejo donde nos miramos.

Y Por qué tener miedo, si la Fe es la mayor calma y el regalo.

Y qué es la muerte, si cuando expiremos el mismo Cristo estará a nuestro lado.

Pero antes de irme, he de confesar lo que aún no he confesado.

Que desde la primera palabra, Él ha estado en mi mente y ha sido quien me ha guiado, para acabar en este letargo que callarán para siempre este credo proclamado.

Yo soy del Dios de los ojos grandes, yo soy de quien sé que su Misericordia no es grande, es la del buen Padre con corazón de madre. Yo soy del Dios de los ojos grandes, al que mi abuelo me enseñó a rezarle, al que mi abuela de rodillas delante de un sagrario, me indicó donde está cuando necesito buscarle. Al que la madrina me demostró haciendo verdadera misión allá donde los pobres se encontrasen.

Mi Dios de los ojos grandes se encuentra en el calor, en la ternura, en la mirada de mi madre, en la sensatez y el ejemplo de mi padre, en el amor y la paciencia de mis hermanos. Lo encuentro en los buenos amigos que en la vida me acompañan y están cuando deben escucharme. El Dios de los ojos grandes está en los consejos del buen cura que no me juzga y está dispuesto a confesarme. Está en los que se fueron de esta vida y siempre insistiré en recordarles. Está en los pobres, en los que sufren, está en cada palabra que sale de mi boca cuando tengo que anunciarle. Está en mis buenos pensamientos, está en el tiempo y en el justo momento cuando pienso en Él y sé que Él me pide que lo ame.

Mi Dios de los ojos grandes, es mi principio y mi fin, es el alfa y el omega, es el buen Dios que a todos sus ojos abre, que no desprecia a nadie, es quien me sueña mucho mejor de lo que yo podría soñarme, es quien no juzga por condiciones o clases, dicta en nosotros la enseñanza de reconocernos sus hijos y tratarnos entre iguales. Él es quien marcó mi vida y ahora marca este instante. Yo soy del Dios de los ojos grandes, porque todo lo puedo en Él, porque siempre me espera, porque me abraza, porque en silencio va guiando mi vida y me dicta su enseñanza.

Él es la verdad, es el paso hacia delante que me falta, Él es el Gran Poder, Él es quien me zarandea y me calma.

No miréis a otros ojos, y cuando llegue la mañana, cuando sus pies descansen en esta tierra que se alcanza, abrid de par en par vuestras puertas, las del corazón y el alma, las de todas las Iglesias.

Vamos de frente Sevilla, al cielo con más fuerza, que su Gran Poder nos aguarda, que su Gran Poder nos espera, y en este Domingo de Palmas, cuando tus ojos, sus ojos vieran, estarás en Semana Santa, que es el cielo en la tierra.

HE DICHO